

EVOCACION SENTIMENTAL DE COLOMBIA Y DE ALGUNOS ESCRITORES COLOMBIANOS

CRISTOBAL GARCES LARREA

Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras.

Universidad de Guayaquil

Un caso excepcional en la provincia.

Comienzo por hacer una confirmación categórica: en este *V Encuentro de la Palabra* deben andar, sin duda alguna, las manos de Otto Morales Benítez y las del Diablo. Porque; ¿cómo explicar que, en un pueblo de la provincia colombiana, bastante alejado de las rutas fáciles y cómodas, se esté llevando a cabo una fiesta de la inteligencia?. Que además, ha logrado reunir a gentes llegadas desde las cálidas costas atlánticas, como ese milagro de luz hecho canción que es Meira Delmar, a la que bien le correspondería llevar con justicia la denominación de Meira de Colombia, la inmortal. Y también ha arribado, desde esa "Bogotá alta y sombría", como la cantara algún día este vagabundo que hoy os dirige la palabra, esa voz, transparente, sencilla y sensitiva como la de un manantial recién nacido, como lo es la poesía de Maruja Vieira. Ella ha estimulado, en más de una ocasión mi musa, desde el primer momento que respiré la atmósfera tonificante de Bogotá, la bien amada ciudad de mi cariño. A su lado, también con nosotros, esa fina espiga de poesía, hija de sus padres, auténticos poetas de la más fina estirpe: Ana Mercedes Vivas Vieira. Está también la lúcida inteligencia

de Isaías Peña Gutierrez, quien, pese a su juventud, es capaz de entregar frutos maduros como lo es su último libro sobre las letras de América, que será presentado en el transcurso de este Encuentro, y además, R.H. Durán, buen novelista de un país de buenos novelistas.

Y han llegado poetas, artistas plásticos, gentes de teatro. Desde Cali, el maestro Enrique Buenaventura, con quien en más de una ocasión, la suerte nos ha reunido en encuentros de intelectuales en varios países del continente. Asisten, desde Medellín y Manizales, y aún desde sitios más distantes, como es el caso de este sapiente doctor en colombianidades, Raymond L. Williams, quien viene desde los Estados Unidos. Este sí como un auténtico buen vecino.

Los afectos de Guayaquil.

Del Ecuador avanza este humilde servidor de ustedes, que casi no llega desde su Guayaquil natal, cálido, frutal y sensual. Con todo lo adverso que significaba para mí poder salir del dédalo de las ocupaciones cotidianas, cómo poder resistir a la tentación de una invitación de Ríosucio y máxime si se va a estar con gentes del mismo oficio, a quienes, a algunas, no habíamos vuelto a ver desde hace muchísimos años. Si a eso se agrega esa suerte de fascinación que tiene ya Ríosucio por haber sido la cuna de Otto Morales Benítez, si duda alguna el riosuceño más famoso que hay en el mundo.

Si, Ríosucio, por culpa del Diablo -con mayúscula porque el de aquí es excepcional- digo que Ríosucio, por culpa del Diablo y de Otto Morales Benítez, han salido de la comarca provincia y andan por todas las rutas.

Sobre todo, entre esa fauna de escritores y artistas que hemos leído las páginas maduras del autor de *Muchedumbres* y *Banderas* y de otros libros algunos de los tantos trabajos intelectuales de este insigne hijo de Riosucio?; ¿en qué periódico o revista no se habrá publicado, con orgullo, algún ensayo suyo? Qué escritor o artista que haya subido hasta la capital de los colombianos, no habrá encontrado enseguida la proverbial hospitalidad y generosidad de Otto Morales Benitez y su franqueza desbordada en su estentórea, estrepitosa risa de antología?.

La ejemplar Bogotá

Alguna vez, hace ya muchos años, este aprendiz de juglar llegó, llevando por el ímpetu del conocimiento, hasta Bogotá que vivía su *belle époque*. Se le llamaba la *Atenas de América*. Sin ninguna credencial, llegue tímidamente al *Café Aromático*, donde sentaba su cátedra de maestro, de la vida y la poesía, ese genial León de Greiff. Casi al instante fui aceptado como otro contertulio, en medio de lo más representativo de la inteligencia colombiana. Recuerdo nombres ilustres como los de Aurelio Arturo, Jorge Gaitán Durán, Marco Ospina, Fernando Arbeláez, Jaime Tello. Con éste, siempre que lo hallo en Caracas, nos llenamos de nostalgia recordando nuestros días bogotanos, ya en la lejanía. Por las noches, qué de mágicas y alucinantes horas de bohemia en *La Perrilla* en compañía de Cecilia y Jaime Ibáñez, de Anuncia y Bernardo Romero Lozano, el mismo Leo Le Gris, Jorge Zalamea, Arturo Laguado y muchos más igualmente devotos de las letras. Allí aprendí a querer el alma colombiana, el milagro de su poesía y la

riqueza de sus canciones. Todavía, cuando en el silencio de mis noches guayaquileñas, oigo, en mis discos, las voces inmortales de Garzón y Collazoz cantando "mi chatica es buenamoza/solo un defecto le hallé/no tiene los ojos negros/pero yo se los pondré", me invade eso que los portugueses llaman *saudade*. De pronto salta una furtiva lágrima, que se quiebra entre mis ojos por esos maravillosos días que no volverán y por los compañeros que ya hicieron el viaje final. ¡Cómo no amar a Bogotá, a Colombia, a sus gentes, si este vagabundo tocó sus puertas, con miedo. Encontró el milagro de las puertas abiertas, los abrazos fraternos, el calor del hogar, el pan y el vino. Cómo no recordar en esta hora de las evociones esa franca acogida de mis nobles amigos de *El Tiempo*: Jaime Posada, Eduardo Mendoza Yarela, Próspero Morales Pradilla, Hernando Tellez, Jose Ignacio Libreros. Y básicamente, las ayudas espirituales y materiales que recibí de ese patriarca del periodismo colombiano, don Roberto García Peña.

Poema de amor a la capital

Soy, lo confieso, un bogotano. Mejor diría: un colombiano *honoris causa*. Por eso cuando Colombia pensó en nuestro Otto Morales Benítez para que dirigiera los destinos de su nación, yo sentí envidia, porque en esa misma época en mi país, las charreteras gobernaban con los sables. Sentí frustración al saberme físicamente impedido para depositar mi voto por un varón que es orgullo de su Colombia entera. Expresión de ese amor que

siempre he sentido por Bogotá, son estos versos míos:

Bogotá, alta y sombría,
Bogotá, de cipreses coronada,
barre la noche fina y fría
tu silencio de estatua congelada.

Bogotá, cuánta penumbra,
pena de ver al sol,
la lluvia tejiendo siempre
su monocorde canción.

Bogotá, crucificada
por dardos de la poesía,
tu cielo descubre en mí
una azul melancolía.

Quiero indicar que este poema mío está dedicado a don Roberto García Peña y a Clemente Airó. Este, un gran novelista y editor que un día llegó a España e hizo de Bogotá su nuevo lar. A Clemente le debo el calor de su hogar que también fue el mío.

Meira y el "Grupo de Barranquilla".

Un buen día, hace ya muchos años, que hoy los recuerdo como si fuera ayer, subió a la meseta bogotana Meira Delmar, aquí presente. La plana mayor de la poesía le ofreció el homenaje que se merecía por su gran

calidad humana y la eternidad de su canto. Entre los contertulios que oíamos su voz, estaba este vagabundo. Meira, quizá por cortesía, me dijo: "¿Y cuándo vas por Barranquilla? Anda pronto, que allí estaré esperándote". A mí no se me debe hacer nunca una invitación porque yo llego. Así fue. Gané la "arenosa", como se ha bautizado a esa ciudad que se recuesta perezosa sobre un brazo del Magdalena. Encontré, además de Meira a su desbordante cordialidad, ese colorcito sensual del clima, que tanta falta me hacía en Bogotá y que por cierto, era el mismo que acostumbramos a respirar en Guayaquil. Esto es que el pez volvía a su pecera.

Hubo algo más: la presencia de unos mozos, que además de conversar por los cuatro costados como todos los habitantes de los trópicos, sabían también escribir unos cuentos excelentes, que merecían, desde el comienzo, la atención de la crítica seria y de los lectores. Una noche, congregados en torno a Meira, estos jóvenes se reunieron para conversar con su compañero llegado desde el Guayas. Eran Alvaro Cepeda Samudio, recién desempacado de los Estados Unidos. Leía, traducía y comentaba a los grandes narradores norteamericanos de la *generación perdida*. Hemingway, Saroyan, Faulkner. También estaban Germán Vargas y Alfonso Fuenmayor, periodistas y críticos. Además emergía un mozo, bastante mal hablado, buen bebedor de cerveza, como auténtico costeño, y que había publicado un cuento "La noche de los alcaravanes". Este relato llamó poderosamente mi atención, por su gran capacidad de fabulador. Se llamaba Gabriel García Márquez. Huelga decir lo bien que pasó un muchacho costeño

con sus colegas también del mismo medio y en una ciudad de la costa. Para nosotros, los nacidos en tierras bajas, las noches tienen un sortilegio mágico. Así anduvimos por las calles de la "arenosa", cantando en coro el porro de entonces:

"Se va el caimán,
se va el caimán,
se va para Barranquilla".

Llegó la hora de las despedidas. Los vagabundos nunca aprendieron el hondo significado de la palabra sedentario.

Historia de "Alguien desordena las rosas"

Uno de los camaradas de este grupo me entregó una cuartillas diciéndome: "lleve estas vainas a ver si las publican en algún periódico ecuatoriano". A la sazón era yo miembro del consejo de redacción de la revista *Ateneo Ecuatoriano*, que se editaba en Quito, bajo la dirección de un certero crítico, Luis Cornejo Gaete.

Lo que voy a contar lo hago público por primera vez; quedan testigos. Lo relato en Riosucio, porque su audiencia intelectual me estimula. Del consejo de redacción hacía parte el novelista, médico y político Luis Félix López. El me ha sugerido que deje el testimonio escrito. Cumplo ahora la feliz recomendación del brillante autor de *El gorrión canta en la oscuridad*

Me despedí, pues, de Barranquilla, de regreso al Ecuador. Antes me detuve en Cartagena “oración de arena/canto de sirena/nacida en el mar”, como dice una canción. En Medellín encontré el talento y la audacia de los nadaístas capitaneados por Gonzalo Arango. Justamente, Gonzalo organizó una reunión para presentarme a dos antioqueños que luego irían a ser famosos. Belisario Betancourt que llegó a ser Presidente de Colombia y Fernando Botero, el mundialmente célebre pintor y escultor de *gordas*. En Manizales, la generosidad de ese gran señor, mitad del Ecuador, pero también mitad de Colombia: don Gustavo Larrea. En Cali -sabrosa, sensual- compartía la alta noche con gentes tan interesantes como Enrique Buenaventura, aquí presente, que por esos años escribía buenos poemas y uno suyo, justamente dedicado a León Felipe, logré publicar en Guayaquil. Y en “La Tertulia”, estreché la mano de Omar Rayo, cuya pintura juvenil ya hacía vislumbrar al gran pintor del futuro.

En Popayán, de piedra pensativa”, como dijera Eduardo Carranza, me rodeó el señorío de Alvaro Pío Valencia y la poesía de Helcías Martán Góngora. Con cuántas experiencias retornaba a mi país!!! En Quito, precisamente, se reunía el Consejo de Redacción del *Ateneo Ecuatoriano* para escoger el material. Muy contento y orgulloso, entregue el cuento que había recibido, con especial recomendación en Barranquilla, para publicarlo en alguna revista ecuatoriana. Confieso que encontré en él una buena calidad narrativa y, sobre todo, una nueva forma de enfocar el tema. Cuál sería mi sorpresa al recibir el cuento en devolución, porque los *doctos* Miembros

del Consejo de Redacción no le habían encontrado calidad y en consecuencia vetaban su publicación. Allí fue Troya. Armé tal escándalo que se aceptó finalmente. El cuento aludido se llama: "Alguien desordena las rosas". Su autor, Gabriel García Márquez. El curioso que quiera comprobar esta historia, que busque en las bibliotecas -recomiendo la de la Casa de la Cultura, Núcleo del Guayas, de Guayaquil, la revista aludida N° 5, correspondiente al mes de octubre del año 1954. Con Gabo nos hemos encontrado muchas veces en México, en la Habana y en Barcelona. Siempre ha estado tan lleno de compromisos, que no he podido contarle esta historia. Ahora la va a conocer gracias a los amigos de Riosucio que han tenido la gentileza de invitarme a este inolvidable *Encuentro de la palabra*.

Dos anécdotas del poeta López Narváez.

Ahora que estamos en la hora de las evocaciones, permitídmeme contar dos anécdotas que revelan el alma de muchos colombianos, Corría un año que no puedo exactamente precisar y volví, de nuevo, a Bogotá. Por aquel entonces, ese fino poeta y magnífico traductor que fue Carlos López Narváez, de Popayán, había sido nombrado Director de Extensión Cultural. Gracias a él, pude dictar una conferencia sobre la "Nueva Poesía Ecuatoriana". Me la pagaron muy bien. Pude disfrutar con cierta largueza los beneficios del auspicio. Entre paréntesis, Carlos López Narváez solía llamarnos *protopastusos* a los ecuatorianos. Al cabo de algunos días de pagada la conferencia, al azar, vi de una acera a otra acera de la cerrera séptima, que Carlos López venía en dirección contraria a la mía en compañía de algunos amigos. Al divisarme, me lanzó un grito: "Protopastuso, ¿qué hay de los pesos que te dí por la charla?" "Ya se están acabando", le respondí. De nuevo otro grito: "Y ¿no tienes otra?" "No", contesté. "No seas pendejo", volvió a decir. "Cámbiale de nombre y te vuelvo a auspiciar".

Otra anécdota con el mismo López Narvaéz. Cierta día llegué a su oficina y lo encontré aparentemente apesadumbrado. "Carlitos -le dije- ¿tienes algún problema?" "Claro que lo tengo". "¿Por qué?, pregunté. Esos protopastusos, paisanos tuyos, se quieren apropiarse de las "Flores Negras". Se refería a la pieza musical con letra de Julio Flórez y que tanto ecuatorianos como colombianos reclaman como suya. "Dile a esos protopastusos que se lleven a Pasto, pero que nos dejen las "Flores Negras".

Memoria de Otto

Deliberadamente he querido dejar para un aparte, esta sentida evocación de Colombia y de algunas de sus gentes. Se trata de quien es, sin duda alguna, el mejor, el más querido y el más respetado de mis amigos colombianos. Me refiero a Otto Morales Benitez, el egregio hijo de este Riosucio bajo cuyo cielo hoy descansa mi cayado de peregrino. Amigo desde mi primera llegada a Bogotá. Compañero de todos mis compañeros, a muchos ya no los veré jamás, a otros, la vida los ha llevado por sendas distintas a las mías. Murió el buen escritor Clemente Airó, y confieso que me hace mucha falta su diálogo, su juicio crítico, su ventura intelectual. Murieron: Emilia Ayarza de Herrera, Néstor Sanclemente, Néstor Madrid Malo, Pedro Gómez Valderrama.... A otros, como X-504, como Rivero, ya no puedo encontrarlos porque perdí sus direcciones. Con Otto he mantenido un inalterable diálogo, a través de muchas situaciones y de años. Siempre que le escribo solicitándole un libro, se demora, pero llega. Así he podido seguir como testigo el desenvolvimiento y el apogeo de las letras de este país, hasta el extremo de haberme atrevido a publicar un libro, en Guayaquil, *Narradores Colombianos Contemporáneos*, que, modestia aparte, fue bien recibido por la crítica. Siempre lo dije, y ahora lo confieso, que dicho libro se logró gracias a esa innata generosidad de Otto Morales Benitez. Por eso,

cuando César Valencia Trejos, organizador de estos *Encuentros*, oficialmente me invitó a venir a Riosucio, al lar nativo de mi amigo Otto, me ofrecía la oportunidad de poder conocer, al fin, ese terruño natal de este hombre que ha llevado su nombre por todos los confines de la cultura, a través de sus libros medulares, de sus ensayos y análisis críticos. muchos de los cuales he publicado, con sumo honor, en la revista *Cuadernos del Guayas*, que dirijo desde hace años en la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, en Guayaquil, en la ciudad cálida, sensual y frutal de los ecuatorianos.

¿Cómo poder resistir, entonces, tamaña tentación? Surgieron obstáculos de pronto. La Universidad de Guayaquil, en cuya Facultad de Filosofía Letras dicto, desde hace varios lustros, la cátedra de Literatura Hispanoamericana, vive, en estos momentos, una aguda crisis económica, como la vive el resto del país, y ello ha obligado a que los trabajadores administrativos se declaren en paros sucesivos. La iniciación del año lectivo, se hizo como un retraso de tres meses. Esto ha significado que las autoridades del Alma Mater cancelen, por esta razón, toda clase de licencias al personal docente. ¿Qué hacer en estas circunstancias? ¿Cómo poder tener el atrevimiento de solicitar permiso si había una disposición terminante al respecto? Pero, desde hace muchos años, estaba esperando tener la oportunidad de llegar a Riosucio, por las razones antes señaladas. Cuando se me presentaba la ocasión, que contrariedad de tener que enfrentarme a esa clase de obstáculo. Comencé a cavilar a fin de encontrar la razón precisa para emprender mi vuelo rumbo a V Encuentro de la Palabra. Más he aquí que en el silencio de la alta noche, escuché una carcajada que tenía la sonoridad de la de mi amigo Otto Morales Benítez, pero que la diferenciaba cierto aire gozoso y luciferino. ¿Quién creen que era el de la risa?. Nada menos que el Diablo. Sí, señoras y señores, el mismísimo Diablo de

Riosucio que llegaba desde el Ingrurná, su sede en ayuda de este infeliz mortal, preso de las marañas burócratas. Al contarme mis tributaciones, el Diabolo, con su voz que traía el vaho del azufre del Averno, me aconsejó en estos términos: "Pero veo que has sido más bruto de lo que eres. La solución es fácil. Facilísima. El Reglamento de la Universidad señala que si un profesor se enferma y exhibe un certificado de un médico del Seguro Social, se tiene que conceder legalmente la licencia por el tiempo que indique dicho certificado. Bajando de tono, casi en susurro, agregó: "Y lo que más tienes, son médicos amigos en el seguro. Antiguos alumnos tuyos, viejos condiscípulos. Con que arreglar las maletas porque en este *Encuentro* vamos a estar, entre otros, mi compadre Otto Morales y yo". Así lo hice. Siempre hay en los predios del Señor, algún médico que comprenda estas circunstancias y generosamente admita, con una sonrisa, tamaña complicidad. Aquí estoy presente, sencillamente admirado de la calidad de estos *Encuentros* mientras, oficialmente para la Universidad de Guayaquil, su docto profesor de Literatura Hispanoamericana, está afectando de una dolencia que le obliga a observar descanso justamente durante los días en que se llevará a cabo el *V Encuentro de la Palabra*. Por eso, al comenzar esta charla, categóricamente afirmé que en este *Encuentro* andaban las manos del Diabolo y las de Otto Morales Benitez.